

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO XXXIV

MADRID, MAYO DE 1907

NÚM. 396-2



CAÍN Y ABEL

Muy conocida es la historia de estos dos primeros hijos de Adam. Caín era labrador y se dedicaba al cultivo del campo, mientras que Abel estaba encargado del cuidado de los rebaños. Ambos, andando el tiempo, ofrecieron al Señor sus respectivos sacrificios: el primero, de los frutos de la tierra; y el segundo, de la grosura de sus rebaños. El sacrificio de éste era hecho con fe, y por consiguiente era agradable al Señor, porque la fe es la que da vida á todas nuestras obras delante de Dios, pues sin fe es imposible agradarle; mas el sacrificio de Caín no agradaba á Dios, porque era sin fe.

Abel, ofreciendo con fe, recibía testimonio de que era justo, y así justificando tenía paz con Dios y andaba con agrado en la presencia del Señor. Caín, sin fe, no era justificado, su alma no tenía paz; se ensañó en gran manera y hasta en su decaído semblante revelaba la maldad de su corazón.

Caín no podía sufrir ni la muda reprehensión de su hermano ni el severo interrogatorio de Dios. Contra el segundo nada podía hacer, pero hizo lo que pudo contra el primero. Habló con él, le sacó al campo, y ya allí, se levantó contra él y le mató. Dios le pide cuenta de la vida de Abel, y endurecido el corazón de Caín, quiso volverse contra Dios: «¿Soy yo guarda de mi hermano?»

El Señor le maldijo y maldijo para él á la tierra que había abierto su boca

para recibir la sangre de Abel, y le condenó á ser errante y extranjero en la tierra.



LA ASCENSIÓN Y EL ESPÍRITU SANTO

La Ascensión de Jesucristo á los cielos es un hecho de grande consuelo para nosotros, de grandes esperanzas y al mismo tiempo de enseñanzas importantísimas.

Jesucristo ha subido á los cielos. Y como Él es la cabeza de la Iglesia cristiana, ésta irá sucesivamente subiendo también á incorporarse con Él, hasta que toda ella, de militante, se convierta en triunfante.

Jesucristo ha subido á los cielos. No habían de ser eternas sus lágrimas y padecimientos, cual no serán tampoco los nuestros por mucho que se prolonguen: lo que sí será eterno será su gozar y el gozar de aquellos que aquí con Cristo, es decir, cristianamente padecen.

Jesucristo ha subido á los cielos. Ya ha triunfado de todos sus enemigos y están todos ellos por escabel de sus pies. En la esperanza de este triunfo Jesucristo luchó, y en esa misma esperanza debemos también luchar nosotros. «No será coronado sino el que pelear legítimamente.»

Jesucristo subió á los cielos. Allí está el que es nuestro Maestro; como buenos discípulos, allí debemos estar en espíritu también nosotros, hasta que podamos estar también con el cuerpo. Allí está nuestro Padre; en ninguna

parte mejor podemos estar los que somos sus hijos. «Si habéis resucitado con Cristo—dice Pablo,—buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.»

Jesucristo subió á los cielos. Ya está consumado todo lo que vino á hacer en la tierra, y principia lo que tiene aún que hacer en los cielos. Ya consumó su enseñanza y magisterio, que ningún maestro cierra su curso sin haber enseñado todo lo que tiene que enseñar. Ya consumó la redención, que sin acabarla no hubiera vuelto ni hubiera sido recibido en el seno de su Padre. Tengamos esto muy presente. Pero no olvidemos que ahora es allí nuestro Abogado, y nos dijo un día: «Nadie viene al Padre sino por mí».

Jesucristo subió á los cielos. Pero como es á la vez Dios, no deja la tierra, y está con nosotros hasta la consumación de los siglos. No necesitamos, pues, gritar mucho para que nos oiga: lo tenemos á nuestro lado.

Mas si Jesucristo ha consumado su obra, ahora el Espíritu de Cristo, que es el Espíritu Santo, necesita hacer la suya. El Padre nos da su Hijo y acepta el sacrificio de éste: el Hijo nos presenta delante de su Padre, tomando sobre sí nuestros pecados y satisfaciendo por ellos, y el Espíritu Santo es ahora el encargado de aplicarnos la redención de Cristo, produciendo en nosotros la fe que salva.

Por eso Jesucristo dijo: «Si yo no me fuere, el Espíritu no vendrá». Y por eso

les mandó que «no se fuesen de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, que oísteis, dijo, de mí». «Porque de la misma manera que Juan bautizaba con agua, vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.»

EL PAÍS ENCANTADO

I

Dos jóvenes, poco más ó menos de la misma edad, huérfanos ambos y enganchados á bordo del mismo navío en calidad de marineros, escaparon por una casualidad singular del naufragio en que todo el pasaje había perecido. En la orilla adonde las olas los habían arrojado se quedaron algunas horas sin conocimiento, mientras que el mar furioso, acabando su obra, hacía pedazos el navío y las embarcaciones de salvamento.

Cuando el día apareció, la tempestad había cesado; las olas besaban lánguidamente la orilla; los dos chicos creyeron haber tenido un mal sueño... Pero delante de la horrible realidad, exhalaron un grito de horror: fue el primer sonido que salió de sus labios en esta tierra desconocida.

Los pequeños náufragos se abrazaron llorando, y volviendo las espaldas al mar, consideraron el país al cual la Providencia los había conducido. Desde los primeros pasos reconocieron que estaba habitado y que sus poseedores eran gentes civilizadas, pues delante de ellos se extendían caminos perfectamente cuida-

dos, bordados de flores y sombreados de árboles magníficos, entre los cuales se encontraban algunos con las ramas inclinadas bajo el peso de sus frutos. A pesar de que les eran desconocidos, estos frutos les tentaron, y por otra parte tenían hambre. Nunca habían gustado fruta tan deliciosa. Pronto, embriagados con los perfumes penetrantes que exhalaban estas flores maravillosas, fortificados por la sencilla comida que habían hecho, los niños olvidaron por un momento su miseria y su aislamiento.

Sin embargo, habían avanzado mucho y no encontraban á nadie; no veían ninguna casa, y ya las sombras de la noche caían sobre el campo. Nuestros jóvenes marineros no temían dormir al aire libre; pero una lágrima corrió por sus mejillas cuando á la luz de las primeras estrellas se vieron solos y abandonados, en una tierra de la cual no sabían el nombre, entre extranjeros que no habían aún visto. Para todos los que viven cerca de la naturaleza, la proximidad de la noche es siempre solemne; los dos jóvenes marcharon aún, pero no osaban hablar más que á media voz, cuando de pronto, al pie de una magnífica avenida de encinas, las ventanas iluminadas de una gran casa brillaron ante sus ojos.

Se pararon, poseídos al mismo tiempo de temor y esperanza. ¿Cómo los recibirían en aquella hermosa casa? Echaron una triste mirada sobre sus pobres trajes de marineros, todos destrozados por las puntas de las rocas en las cuales habían estado echados la noche pre-

cedente. Pero no había que dudar; por otra parte, tenían á su favor lo que hace siempre fuertes, la inocencia. Se dirigieron, pues, hacia el pórtico. Con gran sorpresa vieron la puerta abierta, y sin embargo, no se veía alma viviente en los alrededores.

Entraron. En un anchuroso vestíbulo se abrían varias piezas brillantemente iluminadas y ricamente amuebladas. La primera era un comedor; el cubierto estaba puesto para dos convidados, y sobre la mesa había platos muy apetitosos. Después había cuartos de dormir con excelentes camas. Pero todo estaba vacío y en silencio.

—Decididamente—dijo Ivon, el mayor de los dos marineros—estamos en el país de los sueños. De todos modos, pienso que lo mejor que debemos hacer es cenar en seguida y acostarnos. Mañana por la mañana sin duda todo este misterio se aclarará.

—No comprendo nada tampoco—respondió Pornic—y estoy demasiado cansado para reflexionar. Tienes razón; mañana se nos explicará todo. ¡Por esta noche, comamos y durmamos!

Nuestros dos héroes se pusieron á la mesa y comieron... como náufragos. Todo lo que estaba colocado delante de ellos era sencillo, pero excelente. Cuando concluyeron de comer fueron á acostarse, y se les hubiera oído reír de placer mientras metían en las hermosas y blancas sábanas sus miembros fatigados. Durmieron sin cuidado hasta las doce del día siguiente.

(Continuará.)